

GRAHAM GREENE

ESPIA DE LA DUDA

Graham Greene acaba de cumplir 84 años y es, junto al belga Georges Simenon, uno de los últimos grandes de la vieja guardia de narradores europeos. Nacido el 2 de octubre de 1904, en Berkhamsted, Inglaterra, publicó su primera novela *The Man Withing*, en 1929, tres años después de haberse convertido al catolicismo. En busca de la fe, la inocencia y la piedad, escribió antes de la Segunda Guerra la que iba a ser su obra más conocida, *El poder y la gloria* (1940). Al año siguiente ingresó al mundo del espionaje y el Ministerio de Información de Gran Bretaña lo envió a Sierra Leona, en Africa. Allí Greene iba a proyectar otra novela que le daría fama y fortuna: *El revés de la trama* (1948). Por entonces ya había escrito el guión de la obra maestra de Carol Reed, *El tercer hombre*, interpretada por Joseph Cotten y Orson Welles. Sus obras posteriores son textos inolvidables: *El fin de la aventura* (1951); *El americano impasible* (1955); *Nuestro hombre en La Habana* (1958); *Viajes con mi tía* (1969); *El cónsul honorario* (1973) y *El factor humano* (1978). Menos festejada fue *Doctor Fisher of Geneva*, su novela de 1980. Para muchos es un escritor influido por los textos de la ortodoxia católica, para otros un compañero de ruta de las buenas causas. Amigo de los exiliados chilenos y argentinos, del fallecido general Omar Torrijos y de los sandinistas de Nicaragua, condecorado este año en la Unión Soviética, Greene fue miembro del Partido Comunista de Inglaterra durante un mes, en 1923. Ese desliz de juventud le valió por largo tiempo la cólera de los Estados Unidos, un país al que desprecia con pasión evangélica. Ha sido un gran reporter de prensa en Africa, el sudeste asiático y Medio Oriente. Conoció a los políticos más influyentes de este siglo y tal vez haya cumplido misiones secretas con ellos o contra ellos y no siempre en favor de la corona británica. En 1971 estuvo en la Argentina y pasó un tiempo en Corrientes, donde luego situó la trama de *El cónsul honorario*, una de sus obras mayores. Varias veces candidato al Premio Nobel, Graham Greene vive desde hace muchos años en Antibes, sobre la Costa Azul de Francia, y allí concedió el reportaje que se transcribe en estas páginas.

CULTURAS

Suplemento de **Página/12**

Para muchos lectores, Graham Greene es Maestro. Más especialmente es el sucesor de Joseph Conrad, Rudyard Kipling, Robert Stevenson, y Sommerset Maugham, escritores que le dieron importancia a la narrativa misma, con tramas de aventuras en marcos exóticos. Con valentía, Greene se hizo a un lado del modernismo, rechazando los experimentos que lo asociarían con Virginia Woolf o James Joyce, para concentrarse en la historia como una ocasión para cuestionar la moral. En más de seis décadas de escribir —su novela número veinticinco, *El Capitán y el enemigo,* será publicada este mes por Viking—, Greene ha producido un trabajo tan rico, variado y entretenido como pocos en este tiempo.

Como Hemingway o André Malraux, Greene combinó la vida contemplativa de un escritor con una vida de acción. Sus viajes serios comenzaron en el invierno de 1934 cuando partió para Liberia. Durante varios meses vivió en la selva, enfermándose gravemente en el camino. Este escabroso viaje fue la base para *Viaje sin mapas* (Journey without Maps) (1936), uno de los grandes libros sobre viajes de este siglo. El viajar se convirtió en una forma de vida para Greene; según sus palabras, en "una forma de escape". Escapar del aburrimiento que él considera su principal enemigo.

Durante la década del '30, trabajó como crítico de cine para *The Spectator* y comenzó a escribir guiones, trabajando muy cerca de Alexander Korda, para quien escribiría el guión original de *El tercer hombre* (1950), que según Gore Vidal es "el mejor guión del siglo". Casi todas las novelas de Greene han sido hechas películas, a menudo adaptadas por el mismo Greene, como *Nuestro hombre en La Habana* (1958) y *Los comediantes* (1966).

Durante la Segunda Guerra Mundial, Greene trabajó como agente para el gobierno británico en Sierra Leona, que se convirtió en el escenario de una de sus mejores novelas, *El revés de la trama* (1948). Más tarde regresaría al oeste de Africa, al Congo, para estudiar la vida diaria en una colonia de leprosos. Esta experiencia se traduciría a *The Burnt-Out Case* (1961), la historia de un arquitecto que rechaza su fama y se va a vivir a una colonia de leprosos en Africa. Esta fue otra de las novelas "católicas" de Greene, su héroe es un ateo que a pesar de sus esfuerzos no puede escapar a su necesidad de Dios.

La novela más celebrada de Greene, *El Poder y la Gloria* (1940), estaba inspirada en su visita a México en 1938 como representante del Vaticano (Greene ha sido católico desde 1926). Esa novela enfocaba a un sacerdote "bebedor de whisky" con una hija ilegítima que es perseguido por el gobierno mexicano, que en ese momento perseguía activamente a los católicos. Ganó el prestigioso premio Hawtorne en 1941 y luego se hizo una película llamada *El fugitivo,* con Henry Fonda en el rol principal.

Desde la guerra, Greene ha estado buscando aventuras permanentemente. Pasó cuatro inviernos en Vietnam durante la guerra franco-indochina, cubrió la rebelión mau mau en Kenya para el *London Sunday Times,* y la guerra de guerrillas en Malaya para *Life.*

En la década del '50 empezó a visitar el Caribe y América Central —escenarios que luego serían familiares para los lectores de sus novelas—. Conoció a Fidel Castro poco después de la revolución en Cuba, adonde había ido de visita frecuentemente. Más tarde, Greene fue amigo cercano de Omar Torrijos, líder de Panamá, a quien visitó a menudo desde 1971 hasta la muerte del general en 1981. Su nueva novela, *El Capitán y el enemigo,* refleja el continuo interés de Greene por ese país.

Greene está separado de su mujer, Vivien Dayrell-Browning, desde hace años (se conocieron cuando él estaba trabajando como periodista en Nottingham en 1926, poco después de dejar Oxford), pero permanece en contacto con su hijo, que vive en Inglaterra, y con su hija, que vive en Suiza. Durante treinta años su compañera ha sido una mujer francesa que vive cerca de él en Antibes, donde Greene ocupa un departamento relativamente pequeño con una buena vista al puerto. (También posee un departamento en París y una villa en Capri donde se retira durante temporadas para escribir concentradamente.)

Visitar a Greene impresiona bien, él no es un consumidor conspicuo, aunque su departamento en un cuarto piso es cómodo y está, después de todo, en la Riviera francesa. El mobiliario es de brillantes colores, casi tropical. El piso está repleto de libros, la mayoría viejas ediciones de sus autores favoritos, tales como Conrad, Stanley Weyman, Anthony Hope y Henry James —una colección muy personal y ecléctica.

A los 84 años tiene casi la apariencia de un niño. Es alto y delgado, con la piel quemada. Su cabello es blanco, peinado prolijamente hacia un lado. Sus ojos miran pícaramente mientras habla, tomando una botella de Bordeaux en el pequeño restaurante Les Plaisirs de la Vie, donde almuerza normalmente. Se sienta afuera y parece relajado y charlatán, hablando con ese acento típico de los chicos de las "escuelas públicas" o de los preceptores de Oxford en 1920. Irradia la autoconfianza y el buen humor del escritor exitoso que ha estado por todos lados, ha conocido a todo el mundo y permanece imperturbable.

—Es un poco intimidatorio comenzar una entrevista con Graham Greene, que ha escrito cosas tan mordaces sobre los periodistas. Estoy pensando en sus retratos de Mabel Warren en El tren a Estambul *o de Minty en* England Made Me *(Inglaterra me hizo).*

Graham Greene: Aún peor estaba Parkinson en *A Burnt-Our Case.* Lo perseguía a Querry, el famoso arquitecto, hasta la jungla, buscando una entrevista. Yo, sin embargo, consigo mantener alejados a la mayoría de mis perseguidores. Sin embargo, en su caso fracasé.

—¿Podemos ir derecho al grano y hablar de las influencias en sus trabajos?

—Sería triste decir que Henry James o Conrad —ambos grandes influencias—. Pero prefiero mencionar a Rider Haggard, Stanley Weyman, o Anthony Hope, que escribió *El prisionero de Zenda,* autores que yo solía leer de niño y a menudo releo. O el Capitán Gilson, de donde robé una escena en *England Made Me.* También le tengo mucho cariño a un personaje, Raffles, en las novelas de E. W. Hornung.

—¿Qué hay de E. M. Forster?

—Siempre me ofendió en él la forma en que desechaba la idea de la historia, como en *Aspects of a Novel,* donde dice con resentimiento: "Oh, sí, tiene que haber una historia".

—Pensaba en la trama como en un perchero donde el lenguaje debía colgarse.

—Así es. Pero yo soy un contador de historias. Era una reacción, quizá contra la moda.

—¿Rechazó usted al modernismo totalmente?

—No. Admiré mucho a T. S. Eliot y a Ezra Pound.

—Pero ésos son poetas. ¿Qué sucede con James Joyce, un novelista que, como usted, escribió mucho sobre católicos?

—Joyce escribió el mejor cuento corto en idioma inglés, *The Dead* (Los Muertos). Admiro *Dubliners* (Dublinenses) y *Retrato del artista adolescente.* Pero traté de releer *Ulises* hace unos años y encontré que era muy duro.

—¿Qué es lo que le disgusta de la ficción modernista?

—La corriente de conciencia.

—En otras palabras, ¿Virginia Woolf lo aburrió a muerte?

—No, me gustó *To the Lighthouse* (Al faro). Pero yo no quería ser un discípulo del grupo Bloomsbury.

—Conrad fue claramente una influencia importante.

—Una desastrosa influencia. Tuve que dejar de leerlo muy pronto en mi carrera.

—Sin embargo, A Burnt-Out Case *publicada en 1981, era una novela muy contradiana. Estoy pensando en el escenario del Congo, en su intenso simbolismo.*

—Es cierto. Cuando fui al Congo llevé conmigo sólo unos pocos libros. Uno de ellos era *Heart of Darkness* (El corazón de las tinieblas) de Conrad, uno de mis favoritos. Ahora que no hay peligro de ser influido por él, lo puedo apreciar.

—Recuerdo que Evelyn Waugh lo acusó de basar al héroe de A Burnt-Out Case, *Querry, en usted mismo. ¿Tenía razón?*

—Absolutamente no. Waugh estaba muy impresionado con el libro en general. Creyó que yo estaba descartando al catolicismo. Nos escribimos por ese asunto y él citó un verso de Robert Browning sobre Wordsworth: "Sólo por un puñado de monedas nos abandonó".

—¿Cuáles de sus amigos en Oxford fueron escritores conocidos?

—Claud Cockburn y Peter Quennell.

—¿Era Cockburn (padre de Alexander Cockburn, el periodista) un buen escritor?

—Me gustaban mucho sus novelas. Y era un brillante periodista. Fundó un diario llamado *The Week,* una versión temprana del *Private Eye.* Me gustaban también sus libros autobiográficos.

—¿Y Quennell?

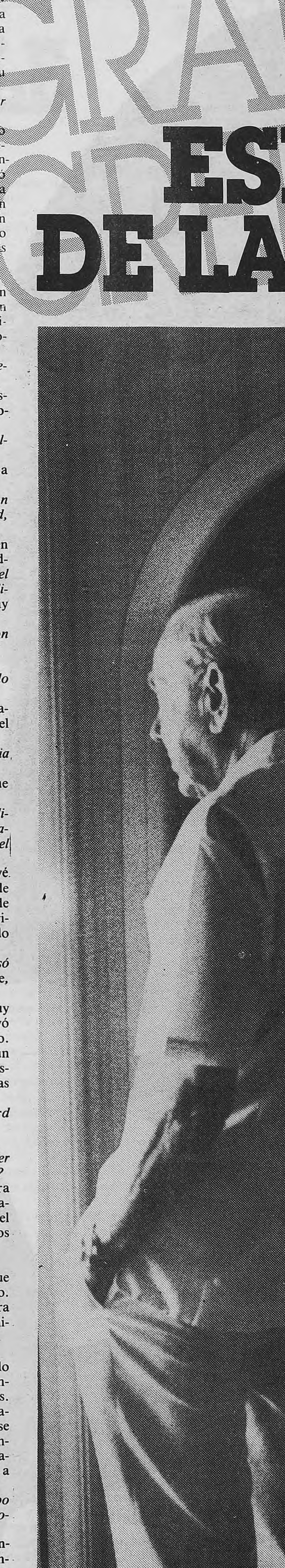
—El llegó a Oxford un año después que yo. Habíamos estado juntos en el colegio. Pero se unió a un grupo de estetas y nuestra amistad se enfrió. Sin embargo, somos amigos hasta el día de hoy.

—¿Usted era un rebelde en Oxford?

—No realmente, aunque tuve un período donde bebí mucho. Estaba borracho durante todo un semestre y no atendía las clases. Estaba enamorado de la niñera de mi hermana, que estaba comprometida para casarse con un hombre que vivía en Azores. Me emborrachaba todos los días después del desayuno y permanecía borracho hasta irme a dormir. Pero eso ya pasó.

—¿Y no tuvo nada que ver con el grupo Waugh —Las Cosas Jóvenes Brillantes, como se los llamaba?

—Un golpe de Harold Acton. No. Aunque Claud estuvo en el borde y Peter Quennell se les unió. Ambos pretendieron ser homosexuales durante un tiempo, sólo para entrar. Acton, por supuesto, era el artículo genuino. Yo edité un diario de estudiantes durante un breve período, y publiqué algunas de las poesías de Acton. Era bueno, pero







ESPIA DE LA DUDA

Para muchos lectores, Graham Greene es Maestro. Más especialmente es el sucesor de Joseph Conrad, Rudyard Kipling, Robert Stevenson, y Sommerset Maugham, escritores que le dieron importancia a la narrativa misma, con tramas de aventuras en marcos exóticos. Con valentía, Greene se hizo a un lado del modernismo, rechazando los experimentos que lo asociarían con Virginia Woolf o James Joyce, para concentrarse en la historia como una ocasión para cuestionar la moral En más de seis décadas de escribir —su novela número veinticinco, *El Capitán y el enemigo,* será publicada este mes por Viking—, Greene ha producido un trabajo tan rico, variado y entretenido como pocos en este tiempo.

Como Hemingway o André Malraux, Greene combinó la vida contemplativa de un escritor con una vida de acción. Sus viajes serios comenzaron en el invierno de 1934 cuando partió para Liberia. Durante varios meses vivió en la selva, enfermándose gravemente en el camino. Este escabroso viaje fue la base para *Viaje sin mapas* (Journey without Maps) (1936), uno de los grandes libros sobre viajes de este siglo. El viajar se convirtió en una forma de vida para Greene; según sus palabras, en "una forma de escape". Escapar del aburrimiento que él considera su principal enemigo.

Durante la década del '30, trabajó como crítico de cine para *The Spectator* y comenzó a escribir guiones, trabajando muy cerca de Alexander Korda, para quien escribiría el guión original de *El tercer hombre* (1950), que según Gore Vidal es "el mejor guión del siglo". Casi todas las novelas de Greene han sido hechas películas, a menudo adaptadas por el mismo Greene, como *Nuestro hombre en La Habana* (1958) y *Los comediantes* (1966).

Durante la Segunda Guerra Mundial, Greene trabajó como agente para el gobierno británico en Sierra Leona, que se convirtió en el escenario de una de sus mejores novelas, *El revés de la trama* (1948). Más tarde regresaría al oeste de Africa, al Congo, para estudiar la vida diaria en una colonia de leprosos. Esta experiencia se traduciría a *The Burnt-Out Case* (1961), la historia de un arquitecto que rechaza su fama y se va a vivir a una colonia de leprosos en Africa. Esta fue otra de las novelas "católicas" de Greene, su héroe es un ateo que a pesar de sus esfuerzos no puede escapar a su necesidad de Dios.

La novela más celebrada de Greene, *El Poder y la Gloria* (1940), estaba inspirada en su visita a México en 1938 como representante del Vaticano (Greene ha sido católico desde 1926). Esa novela enfocaba a un sacerdote "bebedor de whisky" con una hija ilegítima que es perseguido por el gobierno mexicano, que en ese momento perseguía activamente a los católicos. Ganó el prestigioso premio Hawtorne en 1941 y luego se hizo una película llamada *El fugitivo,* con Henry Fonda en el rol principal.

Desde la guerra, Greene ha estado buscando aventuras permanentemente. Pasó cuatro inviernos en Vietnam durante la guerra franco-indochina, cubrió la rebelión mau mau en Kenya para el *London Sunday Times*, y la guerra de guerrillas en Malaya para *Life*.

En la década del '50 empezó a visitar el Caribe y América Central —escenarios que luego serían familiares para los lectores de sus novelas—. Conoció a Fidel Castro poco después de la revolución en Cuba, adonde había ido de visita frecuentemente. Más tarde, Greene fue amigo cercano de Omar Torrijos, líder de Panamá, a quien visitó a menudo desde 1971 hasta la muerte del general en 1981. Su nueva novela, *El Capitán y el enemigo*, refleja el continuo interés de Greene por ese país.

Greene está separado de su mujer, Vivien Dayrell-Browning, desde hace años (se conocieron cuando él estaba trabajando como periodista en Nottingham en 1926, poco después de dejar Oxford), pero permanece en contacto con su hijo, que vive en Inglaterra, y con su hija, que vive en Suiza. Durante treinta años su compañera ha sido una mujer francesa que vive cerca de él en Antibes, donde Greene ocupa un departamento relativamente pequeño con una buena vista al puerto. (También posee un departamento en París y una villa en Capri donde se retira durante temporadas para escribir concentradamente.)

Visitar a Greene impresiona bien, él no es un consumidor conspicuo, aunque su departamento en un cuarto piso es cómodo y está, después de todo, en la Riviera francesa. El mobiliario es de brillantes colores, casi tropical. El piso está repleto de libros, la mayoría viejas ediciones de sus autores favoritos, tales como Conrad, Stanley Weyman, Anthony Hope y Henry James —una colección muy personal y ecléctica.

A los 84 años tiene casi la apariencia de un niño. Es alto y delgado, con la piel quemada. Su cabello es blanco, peinado prolijamente hacia un lado. Sus ojos miran pícaramente mientras habla, tomando una botella de Bordeaux en el pequeño restaurante Les Plaisirs de la Vie, donde almuerza normalmente. Se sienta afuera y parece relajado y charlatán, hablando con ese acento típico de los chicos de las "escuelas públicas" o de los preceptores de Oxford en 1920. Irradia la autoconfianza y el buen humor del escritor exitoso que ha estado por todos lados, ha conocido a todo el mundo y permanece imperturbable.

—Es un poco intimidatorio comenzar una entrevista con Graham Greene, que ha escrito cosas tan mordaces sobre los periodistas. Estoy pensando en sus retratos de Mabel Warren en El tren a Estambul *o de Minty en* England Made Me *(Inglaterra me hizo).*

Graham Greene:+Aún peor estaba Parkinson en *A Burnt-Our Case.* Lo perseguía a Querry, el famoso arquitecto, hasta la jungla, buscando una entrevista. Yo, sin embargo, consigo mantener alejados a la mayoría de mis perseguidores. Sin embargo, en su caso fracasé.

—¿Podemos ir derecho al grano y hablar de las influencias en sus trabajos?

—Sería triste decir que Henry James o Conrad —ambos grandes influencias—. Pero prefiero mencionar a Rider Haggard, Stanley Weyman, o Anthony Hope, que escribió *El prisionero de Zenda*, autores que yo solía leer de niño y a menudo releo. O el Capitán Gilson, de donde robé una escena en *England Made Me.* También le tengo mucho cariño a un personaje, Raffles, en las novelas de E. W. Hornung.

—¿Qué hay de E. M. Forster?

—Siempre me ofendió en él la forma en que desechaba la idea de la historia, como en *Aspects of a Novel,* donde dice con resentimiento: "Oh, sí, tiene que haber una historia".

—Pensaba en la trama como en un perchero donde el lenguaje debía colgarse.

—Así es. Pero yo soy un contador de historias. Era una reacción, quizá contra la moda.

—¿Rechazó usted al modernismo totalmente?

—No. Admiré mucho a T. S. Eliot y a Ezra Pound.

—Pero ésos son poetas. ¿Qué sucede con James Joyce, un novelista que, como usted, escribió mucho sobre católicos?

—Joyce escribió el mejor cuento corto en idioma inglés, *The Dead* (Los Muertos). Admiro *Dubliners* (Dublinenses) y *Retrato del artista adolescente.* Pero traté de releer *Ulises* hace unos años y encontré que era muy duro.

—¿Qué es lo que le disgusta de la ficción modernista?

—La corriente de conciencia.

—En otras palabras, ¿Virginia Woolf lo aburrió a muerte?

—No, me gustó *To the Lighthouse* (Al faro). Pero yo no quería ser un discípulo del grupo Bloomsbury.

—Conrad fue claramente una influencia importante.

—Una desastrosa influencia. Tuve que dejar de leerlo muy pronto en mi carrera.

—Sin embargo, A Burnt-Out Case *publicada en 1981, era una novela muy conradiana. Estoy pensando en el escenario del Congo, en su intenso simbolismo.*

—Es cierto. Cuando fui al Congo llevé conmigo sólo unos pocos libros. Uno de ellos era *Heart of Darkness* (El corazón de las tinieblas) de Conrad, uno de mis favoritos. Ahora que no hay peligro de ser influido por él, lo puedo apreciar.

—Recuerdo que Evelyn Waugh lo acusó de basar al héroe de A Burnt-Out Case, *Querry, en usted mismo. ¿Tenía razón?*

—Absolutamente no. Waugh estaba muy impresionado con el libro en general. Creyó que yo estaba descartando al catolicismo. Nos escribimos por ese asunto y él citó un verso de Robert Browning sobre Wordsworth: "Sólo por un puñado de monedas nos abandonó".

—¿Cuáles de sus amigos en Oxford fueron escritores conocidos?

—Claud Cockburn y Peter Quennell.

—¿Era Cockburn (padre de Alexander Cockburn, el periodista) un buen escritor?

—Me gustaban mucho sus novelas. Y era un brillante periodista. Fundó un diario llamado *The Week*, una versión temprana del *Private Eye*. Me gustaban también sus libros autobiográficos.

—¿Y Quennell?

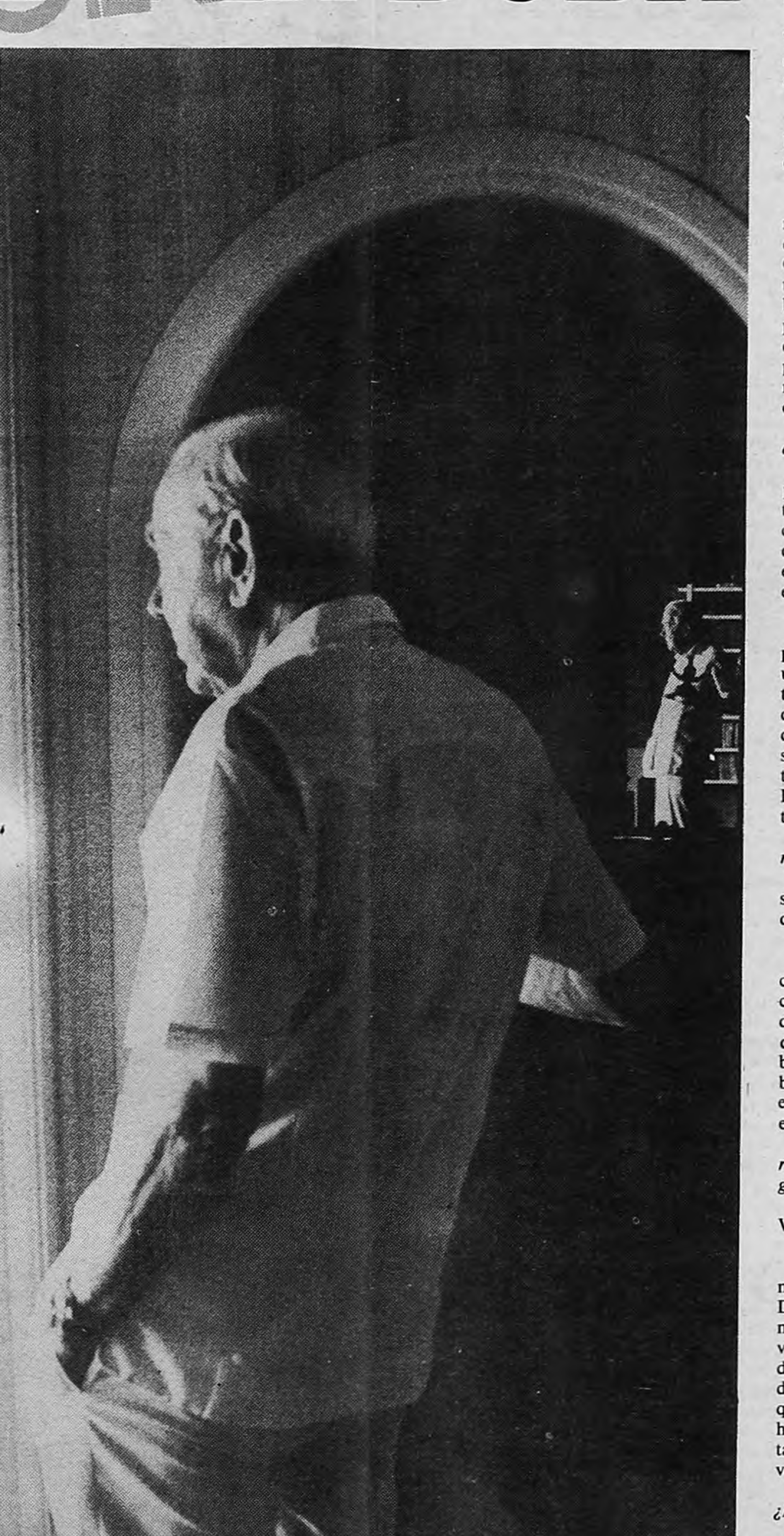
—El llegó a Oxford un año después que yo. Habíamos estado juntos en el colegio. Pero se unió a un grupo de estetas y nuestra amistad se enfrió. Sin embargo, somos amigos hasta el día de hoy.

—¿Usted era un rebelde en Oxford?

—No realmente, aunque tuve un período donde bebí mucho. Estaba borracho durante todo un semestre y no atendía las clases. Estaba enamorado de la niñera de mi hermana, que estaba comprometida para casarse con un hombre que vivía en Azores. Me emborrachaba todos los días después del desayuno y permanecía borracho hasta irme a dormir. Pero eso ya pasó.

—¿Y no tuvo nada que ver con el grupo Waugh —Las Cosas Jóvenes Brillantes, como se los llamaba?

—Un golpe de Harold Acton. No. Aunque Claud estuvo en el borde y Peter Quennell se les unió. Ambos pretendieron ser homosexuales durante un tiempo, sólo para entrar. Acton, por supuesto, era el artículo genuino. Yo edité un diario de estudiantes durante un breve período, y publiqué algunas de las poesías de Acton. Era bueno, pero no continuó como poeta.



—Su primer libro fue Babbling April, *una colección de poemas. ¿Por qué abandonó la poesía?*

—No lo hice. Continué, un poco en secreto, escribiendo poemas. Todavía lo hago.

—Usted siempre dijo que Robert Browning fue una influencia importante en su vida y en su obra.

—Sí, pero Tennyson es el punto débil. Es demasiado melódico. Frecuentemente utilizo poemas como epígrafe, como en el epígrafe de Browning en *Getting to Know the General* (Conociéndolo al General), mi libro sobre Torrijos.

—¿Fue Getting to Know the General *un preludio a su nueva novela,* El Capitán y el enemigo? *La última parte, por supuesto, está situada en Panamá. Usted a menudo ha escrito un libro de viajes como un ensayo para una novela.*

—No en este caso. Pero fue a través de Torrijos que me interesé en Nicaragua y que conocí a los sandinistas antes de que llegaran al poder. Solía ir a Nicaragua regularmente.

—¿Mientras Somoza estaba en el poder?

—No. Torrijos no me dejaba ir entonces. Decía que si algo me pasaba, Somoza iba a decir que me habían matado los sandinistas.

—¿Cómo los ve a los sandinistas?

—Me gustan mucho Daniel Ortega y su mujer. Y Tomás Borge. Lo curioso es que todo el mundo en Nicaragua es poeta. Ernesto Cardenal, por supuesto, es un poeta importante, así como un líder del partido. Todo es bastante asombroso. Crucé la frontera por primera vez en 1979 y subí a las montañas, donde los sandinistas trabajaban con campesinos durante el día y los educaban por la noche. La alfabetización, como usted sabe, creció muchísimo en Nicaragua.

—¿Qué piensa del rol de los Estados Unidos en esa región?

—La Iglesia ha estado muy bien. Los obispos han sido antiintervencionistas todo el tiempo. Pero creo que Reagan es un tonto así como es un monstruo. Le ha hecho un gran daño a América en general. Su apoyo a los escuadrones de la muerte en El Salvador es especialmente terrible.

—¿Ha estado en El Salvador?

—Me pidieron que visitara a los rebeldes, pero no podía arriesgarme. Se sabe que soy un defensor de las fuerzas antigubernamentales, y nunca hubiera podido lograr llegar desde el aeropuerto al territorio rebelde. Les di la mitad de mis derechos de autor de la versión castellana de *Monsignor Quixote*, mi última novela antes que ésta, a los sandinistas. Los salvadoreños, conociendo mis simpatías, hubieran estado al acecho.

—¿Usted ve alguna esperanza de democracia en El Salvador?

—Sólo puedo decir que espero que el sucesor de Reagan le corte la ayuda al gobierno de Duarte.

—¿Y Honduras?

—Una fortaleza americana, pero muy poco sabia. Los hondureños han comenzado a cuestionar la presencia de los Estados Unidos. ¿Ha leído *Turning of the Tide* (Vuelta de la marea), de Noam Chomsky? Es un muy buen libro sobre la región. Sabe, no me había dado cuenta hasta ese momento de que la extensión de la dominación americana en esa región se remonta a Abraham Lincoln.

—¿Se acuerda de William Walker, el americano que se declaró presidente de Nicaragua allá por 1850?

—Por lo menos no fue enviado por Washington.

—Un dictador free-lance, por decir algo.

—Por cierto. Y luego hubo todo ese entrometerse en Haití, la invasión de la República Dominicana por Lyndon Johnson y más y más. Era como un ensayo general para la invasión rusa de Checoslovaquia, que vino después. Es decir, usaron tácticas similares, diciendo que no era una invasión rusa porque habían llevado a unos pocos búlgaros y húngaros, así como los Marines de los Estados Unidos habían llevado a unos pocos venezolanos con ellos.

—¿Qué sucederá en América Central? ¿Funcionará el plan de Arias?

—Yo soy optimista. Las conversaciones se siguen llevando a cabo, aunque lamento que Miguel Obando y Bravo, el obispo, se haya vuelto en contra de los sandinistas. Una vez escribió, en efecto, una carta pastoral, justificando su lucha contra Somoza. Este fue un acto muy valiente, porque podría muy bien haber terminado como el arzobispo Romero, que fue asesinado en El Salvador.

—Se ha dicho que hay persecución religiosa en Nicaragua.

—Lo sé, pero eso es absurdo. Hay sacerdotes en el gabinete. Hay un jesuita a cargo de Salud y Educación. Nicaragua es una sociedad terriblemente abierta. Recuerdo haber caminado entre enormes multitudes en Managua con Tomás Borge, el líder e ideólogo sandinista, que tenía un solo guardaespaldas. Estaba perfectamente seguro. Y la Iglesia está por todos lados. Hay una estatua de la Virgen en cada casa del país.

—Quizás uno pueda ver la actuación de la Teología de la Liberación en Nicaragua.

—Creo que sí. Tomás Borge, por ejemplo, es un prominente teólogo y a la vez un marxista.

—Yo pensaría que la Teología de la Liberación le interesaría, ya que representa la unión de dos importantes tendencias de su escritura, la socialista y la católica. Después de todo, ése es el tema de Monsignor Quixote, *que realmente es un extenso diálogo entre dos visiones diferentes.*

—Supongo que sí. Tuve que pronunciar un discurso en el Kremlin, el año pasado —Gorbachov me había invitado—, y dije más o menos eso. Abogué por la cooperación entre católicos y comunistas. En realidad, *El Poder y la Gloria,* mi novela situada en México, podría ser vista como una precursora de la Teología de la Liberación.

—¿Qué piensa de Gorbachov?

—Tengo grandes esperanzas en él. Sentí alivio cuando el último congreso tuvo lugar. Es un hombre honesto yendo por un camino muy difícil. Su discurso en el Kremlin la vez que yo estuve presente era largo —una hora— pero tenía humor, era modesto, no era polémico, con un tremendo sentido común. Es sumamente importante que los Estados Unidos y la Unión Soviética cooperen. Tendrán que aplastar y golpear a cualquiera —Israel, Libia, Pakistán— que se atreva a intentar un intercambio nuclear.

—¿Cómo reaccionó a la invasión soviética de Afganistán?

—Acuérdese de que no lo hizo Gorbachov. Aun Andropov antes que él —un antiguo jefe de la KGB— estaba en contra. Lo que los americanos convenientemente olvidan es que el antiguo gobierno de Afganistán acababa de asesinar al embajador americano ahí.

—Africa siempre le ha fascinado. ¿Qué es lo que piensa del reciente caos ahí, como en Mozambique, donde un grupo llamado Renamo asesinó a 100.000 personas?

—A menudo pienso que los africanos comunes estaban mejor bajo regímenes coloniales.

—¿Siente nostalgia por el colonialismo?

—Por cierto que no. Pero en lugares que conocí bien —digamos Sierra Leona— el colonialismo era más bien paternalismo. Los hombres blancos no podían poseer tierras y se apoyaban las leyes tribales. Lo único que no defendían era la pena de muerte. Los comisionados de distrito que yo conocí eran un grupo muy idealista que trabajaba estrechamente con los jefes de tribu. Kenya, por supuesto, era otro asunto. Los hombres blancos podían ser dueños de la tierra y se volvían represores.

—Desde sus primeros días como novelista, en la década del '30, ha sido un viajero obsesivo, vagando alrededor del mundo como un hombre perseguido. ¿Qué es lo que ha estado buscando?

—El principal enemigo de mi vida es el aburrimiento. Viajar es una manera de escapar, un vuelo lejos del aburrimiento.

—¿Por qué adoptó Panamá en los últimos años?

—Siempre había estado fascinado por esa región; luego —bastante inesperadamente— recibí un telegrama del general Torrijos invitándome a Panamá como su invitado durante el invierno. Hasta hoy no sé por qué. Eso fue en 1971. Creo que su gran amigo Gabriel García Márquez se lo sugirió.

—¿Conocía usted a García Márquez?

—No todavía. Llegué a conocerlo después. De todas maneras, un boleto para Panamá me llegaba todos los años, y yo lo aceptaba. Fui cada invierno, excepto en 1979, cuando tuve una operación de cáncer. En 1981, tenía las valijas listas para partir al día siguiente cuando llegaron las noticias de la muerte del general en un accidente de avión. Había perdido a un amigo muy cercano y muy querido.

—¿Lo veía frecuentemente cuando estaba en Panamá?

—Lo veía todo el tiempo. Le gustaba tener a alguien con él cuando almorzaba. Los americanos decían que era un alcohólico, pero tomaba mucho durante los fines de semana, como todos los panameños. Durante la semana estaba sobrio.

—¿Me puede decir algo acerca de El Capitán y el enemigo*?*

—Lo empecé hace más de quince años, luego lo abandoné durante mucho tiempo. Me dio mucho trabajo.

—Me suena como una antología de sus libros anteriores, combinando la tendencia satírica de Nuestro hombre en La Habana *con los aspectos de thriller de* This Gun for Sale *y la muy doméstica e inglesa* Viajes con mi tía. *Parece, en parte, como una autobiografía también.*

—Es cierto. El colegio en la novela es parecido a Berkhamsted, al que yo fui y donde mi padre era director.

—Me hubiera gustado que hubiéramos podido conocer mejor al Capitán, el padre sustituto de su héroe, Jim, un poco mejor. No lo entiendo bien. Al principio, era un insignificante pistolero; luego dedica su vida a la causa sandinista, intentando un raid tipo kamikaze sobre el palacio de Somoza al final.

Domingo 23 de octubre de 1988



no continuó como poeta.

—*Su primer libro fue* Babbling April, *una colección de poemas. ¿Por qué abandonó la poesía?*

—No lo hice. Continué, un poco en secreto, escribiendo poemas. Todavía lo hago.

—*Usted siempre dijo que Robert Browning fue una influencia importante en su vida y en su obra.*

—Sí, pero Tennyson es el punto débil. Es demasiado melódico. Frecuentemente utilizo poemas como epígrafe, como en el epígrafe de Browning en *Getting to Know the General* (Conociéndolo al General), mi libro sobre Torrijos.

—*¿Fue* Getting to Know the General *un preludio a su nueva novela,* El Capitán y el enemigo? *La última parte, por supuesto, está situada en Panamá. Usted a menudo ha escrito un libro de viajes como un ensayo para una novela.*

—No en este caso. Pero fue a través de Torrijos que me interesé en Nicaragua y que conocí a los sandinistas antes de que llegaran al poder. Solía ir a Nicaragua regularmente.

—*¿Mientras Somoza estaba en el poder?*

—No. Torrijos no me dejaba ir entonces. Decía que si algo me pasaba, Somoza iba a decir que me habían matado los sandinistas.

—*¿Cómo los ve a los sandinistas?*

—Me gustan mucho Daniel Ortega y su mujer. Y Tomás Borge. Lo curioso es que todo el mundo en Nicaragua es poeta. Ernesto Cardenal, por supuesto, es un poeta importante, así como un líder del partido. Todo es bastante asombroso. Crucé la frontera por primera vez en 1979 y subí a las montañas, donde los sandinistas trabajaban con campesinos durante el día y los educaban por la noche. La alfabetización, como usted sabe, creció muchísimo en Nicaragua.

—*¿Qué piensa del rol de los Estados Unidos en esa región?*

—La Iglesia ha estado muy bien. Los obispos han sido antiintervencionistas todo el tiempo. Pero creo que Reagan es un tonto así como es un monstruo. Le ha hecho un gran daño a América en general. Su apoyo a los escuadrones de la muerte en El Salvador es especialmente terrible.

—*¿Ha estado en El Salvador?*

—Me pidieron que visitara a los rebeldes, pero no podía arriesgarme. Se sabe que soy un defensor de las fuerzas antigubernamentales, y nunca hubiera podido lograr llegar desde el aeropuerto al territorio rebelde. Les di la mitad de mis derechos de autor de la versión castellana de *Monsignor Quixote*, mi última novela antes que ésta, a los sandinistas. Los salvadoreños, conociendo mis simpatías, hubieran estado al acecho.

—*¿Usted ve alguna esperanza de democracia en El Salvador?*

—Sólo puedo decir que espero que el sucesor de Reagan le corte la ayuda al gobierno de Duarte.

—*¿Y Honduras?*

—Una fortaleza americana, pero muy poco sabia. Los hondureños han comenzado a cuestionar la presencia de los Estados Unidos. ¿Ha leído *Turning of the Tide* (Vuelta de la marea), de Noam Chomsky? Es un muy buen libro sobre la región. Sabe, no me había dado cuenta hasta ese momento de que la extensión de la dominación americana en esa región se remonta a Abraham Lincoln.

—*¿Se acuerda de William Walker, el americano que se declaró presidente de Nicaragua allá por 1850?*

—Por lo menos no fue enviado por Washington.

—*Un dictador free-lance, por decir algo.*

—Por cierto. Y luego hubo todo ese entrometerse en Haití, la invasión de la República Dominicana por Lyndon Johnson y más y más. Era como un ensayo general para la invasión rusa de Checoslovaquia, que vino después. Es decir, usaron tácticas similares, diciendo que no era una invasión rusa porque habían llevado a unos pocos búlgaros y húngaros, así como los Marines de los Estados Unidos habían llevado a unos pocos venezolanos con ellos.

—*¿Qué sucederá en América Central? ¿Funcionará el plan de Arias?*

—Yo soy optimista. Las conversaciones se siguen llevando a cabo, aunque lamento que Miguel Obando y Bravo, el obispo, se haya vuelto en contra de los sandinistas. Una vez escribió, en efecto, una carta pastoral, justificando su lucha contra Somoza. Este fue un acto muy valiente, porque podría muy bien haber terminado como el arzobispo Romero, que fue asesinado en El Salvador.

—*Se ha dicho que hay persecución religiosa en Nicaragua.*

—Lo sé, pero eso es absurdo. Hay sacerdotes en el gabinete. Hay un jesuita a cargo de Salud y Educación. Nicaragua es una sociedad terriblemente abierta. Recuerdo haber caminado entre enormes multitudes en Managua con Tomás Borge, el líder e ideólogo sandinista, que tenía un solo guardaespaldas. Estaba perfectamente seguro. Y la Iglesia está por todos lados. Hay una estatua de la Virgen en cada casa del país.

—*Quizás uno pueda ver la actuación de la Teología de la Liberación en Nicaragua.*

—Creo que sí. Tomás Borge, por ejemplo, es un prominente teólogo y a la vez un marxista.

—*Yo pensaría que la Teología de la Liberación le interesaría, ya que representa la unión de dos importantes tendencias de su escritura, la socialista y la católica. Después de todo, ése es el tema de* Monsignor Quixote, *que realmente es un extenso diálogo entre dos visiones diferentes.*

—Supongo que sí. Tuve que pronunciar un discurso en el Kremlin, el año pasado —Gorbachov me había invitado—, y dije más o menos eso. Abogué por la cooperación entre católicos y comunistas. En realidad, *El Poder y la Gloria*, mi novela situada en México, podría ser vista como una precursora de la Teología de la Liberación.

—*¿Qué piensa de Gorbachov?*

—Tengo grandes esperanzas en él. Sentí alivio cuando el último congreso tuvo lugar. Es un hombre honesto yendo por un camino muy difícil. Su discurso en el Kremlin la vez que yo estuve presente era largo —una hora— pero tenía humor, era modesto, no era polémico, con un tremendo sentido común. Es sumamente importante que los Estados Unidos y la Unión Soviética cooperen. Tendrán que aplastar y golpear a cualquiera —Israel, Libia, Pakistán— que se atreva a intentar un intercambio nuclear.

—*¿Cómo reaccionó a la invasión soviética de Afganistán?*

—Acuérdese de que no lo hizo Gorbachov. Aun Andropov aunque era él —un antiguo jefe de la KGB— estaba en contra. Lo que los americanos convenientemente olvidan es que el antiguo gobierno de Afganistán acababa de asesinar al embajador americano ahí.

—*Africa siempre le ha fascinado. ¿Qué es lo que piensa del reciente caos ahí, como en Mozambique, donde un grupo llamado Renamo asesinó a 100.000 personas?*

—A menudo pienso que los africanos comunes estaban mejor bajo regímenes coloniales.

—*¿Siente nostalgia por el colonialismo?*

—Por cierto que no. Pero en lugares que conocí bien —digamos Sierra Leona— el colonialismo era más bien paternalismo. Los hombres blancos no podían poseer tierras y se apoyaban las leyes tribales. Lo único que no defendían era la pena de muerte. Los comisionados de distrito que yo conocí eran un grupo muy idealista que trabajaba estrechamente con los jefes de tribu. Kenya, por supuesto, era otro asunto. Los hombres blancos podían ser dueños de la tierra y se volvían represores.

—*Desde sus primeros días como novelista, en la década del '30, ha sido un viajero obsesivo, vagando alrededor del mundo como un hombre perseguido. ¿Qué es lo que ha estado buscando?*

—El principal enemigo de mi vida es el aburrimiento. Viajar es una manera de escapar, un vuelo lejos del aburrimiento.

—*¿Por qué adoptó Panamá en los últimos años?*



—Siempre había estado fascinado por esa región; luego —bastante inesperadamente— recibí un telegrama del general Torrijos invitándome a Panamá como su invitado durante el invierno. Hasta hoy no sé por qué. Eso fue en 1971. Creo que su gran amigo Gabriel García Márquez se lo sugirió.

—*¿Conocía usted a García Márquez?*

—No todavía. Llegué a conocerlo después. De todas maneras, un boleto para Panamá me llegaba todos los años, y yo lo aceptaba. Fui cada invierno, excepto en 1979, cuando tuve una operación de cáncer. En 1981, tenía las valijas listas para partir al día siguiente cuando llegaron las noticias de la muerte del general en un accidente de avión. Había perdido a un amigo muy cercano y muy querido.

—*¿Lo veía frecuentemente cuando estaba en Panamá?*

—Lo veía todo el tiempo. Le gustaba tener a alguien con él cuando almorzaba. Los americanos decían que era un alcohólico, pero tomaba mucho durante los fines de semana, como todos los panameños. Durante la semana estaba sobrio.

—*¿Me puede decir algo acerca de* El Capitán y el enemigo?

—Lo empecé hace más de quince años, luego lo abandoné durante mucho tiempo. Me dio mucho trabajo.

—*Me suena como una antología de sus libros anteriores, combinando la tendencia satírica de* Nuestro hombre en La Habana *con los aspectos de thriller de* This Gun for Sale *y la muy doméstica e inglesa* Viajes con mi tía. *Parece, en parte, como una autobiografía también.*

—Es cierto. El colegio en la novela es parecido a Berkhamsted, al que yo fui y donde mi padre era director.

—*Me hubiera gustado que hubiéramos podido conocer mejor al Capitán, el padre sustituto de su héroe, Jim, un poco mejor. No lo entiendo bien. Al principio, era un insignificante pistolero; luego dedica su vida a la causa sandinista, intentando un raid tipo kamikaze sobre el palacio de Somoza al final.*

EL OTRO Y SU DOBLE

Por Osvaldo Soriano

Escribir una novela es un poco como meter un mensaje en una botella que uno arroja al mar y luego será recogida por amigos o enemigos inesperados", escribe Graham Greene en *Ways of escape*, un libro de apuntes autobiográficos. En verdad, pese a haber escrito varias novelas inolvidables, Greene se ha ganado enemigos mayores: la *maffia* de Niza (sobre la que escribió un texto de denuncia), los servicios de inteligencia de los Estados Unidos (a quienes jugó más de una mala pasada) y muchos críticos disgustados porque ese narrador de raza ni se muere ni se retira.

Greene es, con el belga Georges Simenon, el último de los grandes europeos antiguos, pero no anticuados. En 1923 estuvo apenas cuatro semanas en el Partido Comunista y en 1926 se convirtió al catolicismo por aburrimiento o por disciplina. Es posible que buscara una iglesia, una ortodoxia, para entregarle su lealtad y luego desafiarla con la duda y el escarnio.

En todo caso, Greene creyó encontrar en los principios del catolicismo los valores que iba a negar y reivindicar en sus obras mayores: *El poder y la gloria, El revés de la trama, El fin de la aventura, El cónsul honorario, El factor humano*. Para él, un cura y un escritor tienen un mismo destino de seguro fracaso. Ni el uno ni el otro podrán alcanzar nunca la pureza ni la perfección.

Las obsesiones de Graham Greene han sido siempre las mismas y cada vez más parecen una utopía inalcanzable, es decir una forma de arte mayor: la piedad, la inocencia, la fidelidad y también la inevitable deslealtad a cada una de esas virtudes simbolizadas por el Cristo y su iglesia. Sin embargo, no hay ingenuidad en el hombre que hace una década, a los 74 años, alumbró esa joya que es *El factor humano*. Espía al servicio de la Corona durante la Segunda Guerra Mundial —y tal vez por algún tiempo más para otros gobiernos—, la política ha sido su pasión y buena parte de sus derechos de autor han ido a parar a los rebeldes de Nicaragua y El Salvador.

Para él los grandes escritores, los colosos, se terminaron con Henry James y Joseph Conrad y entre sus maestros prefiere nombrar —tal vez para escandalizar a las buenas conciencias del mundo letrado—, a Rider Haggard, Edgar Rice Burroughs y Anthony Hope. La suya fue una época de maestros, de modelos literarios y Greene, como Simenon, rechazó la comodidad de las vanguardias. Uno y otro han sido los escritores profesionales y de genio por excelencia en Europa, como Balzac y Zola lo fueron en el siglo pasado. No obstante una diferencia —entre tantas— los separa: Simenon, nacido en 1903, escribió sus mejores novelas de joven (*L'escalier de fer, Les relais d'Alsace, Les fiancailles de M. Hire*) y abandonó la escritura hace casi una década; Greene, en tanto, consigue sus obras mayores en la madurez y recién a los 74 años alcanza una rara perfección con *El factor humano*. Los dos son hombres difíciles, con historias de soledad, de desafío a la vida, de rechazo a los sistemas de concesiones y prebendas.

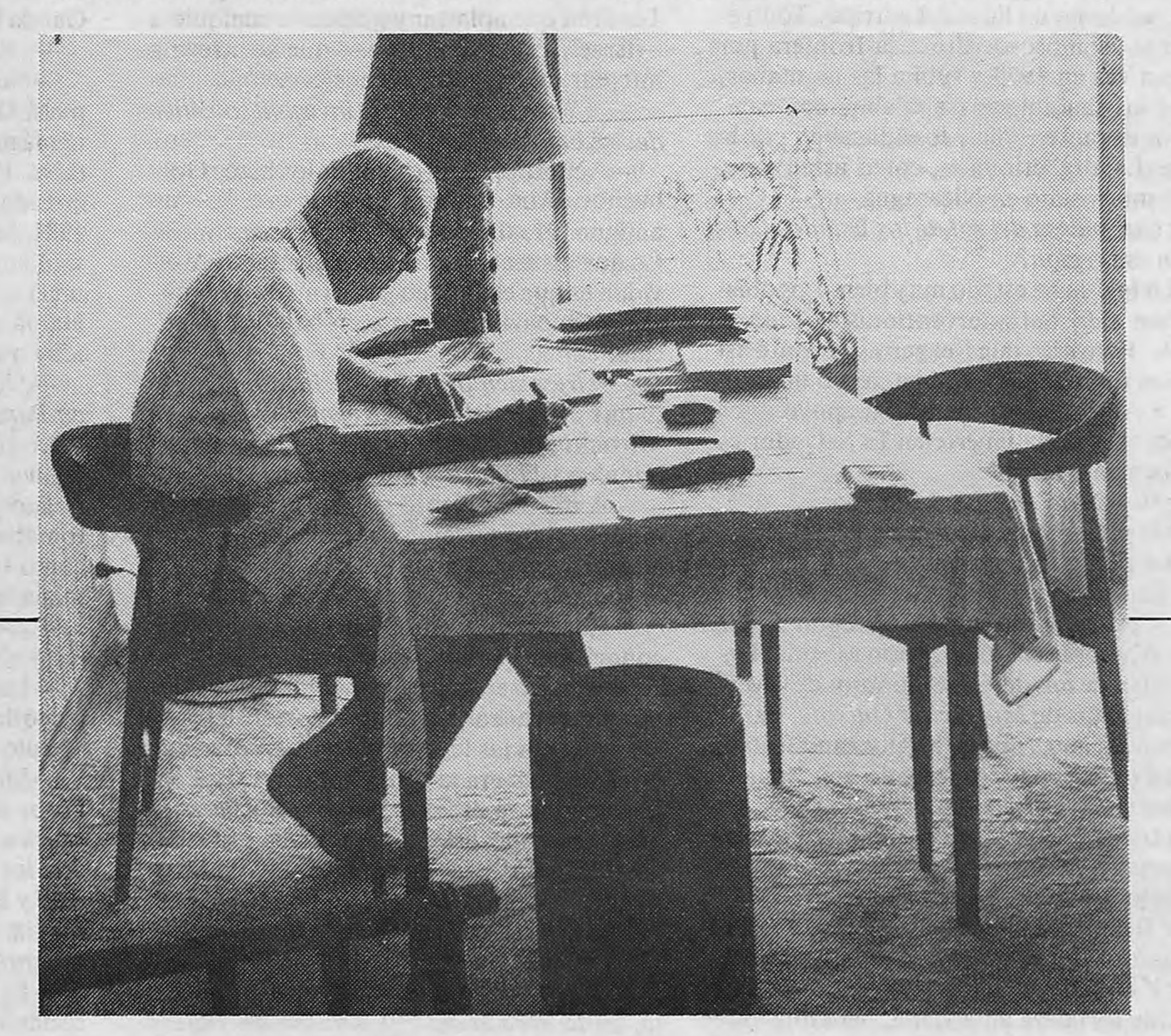
Greene es un apasionado de la historia contemporánea y ha querido vivirla, ser su protagonista comprometido. En *El otro y su doble* (un libro-reportaje de Marie-Francoise Allain) cuenta que el papa Juan XXIII, cuando acabó de leer *El poder y la gloria*, le dijo a su secretario particular que presentía en el autor de ese libro a un hombre con graves problemas espirituales y se comprometió a ayudarlo si alguna vez se le cruzaba en el camino.

No se equivocaba: la contradicción entre el católico ortodoxo y el revolucionario llevó a Greene a la desesperación y al dogmatismo. Un sacerdote, ha dicho, debe ser un asceta ejemplar; de la misma manera, un militante nunca tiene razón como individuo y la verdad absoluta sólo emana de esa iglesia —el Partido—, que tiene como objetivo cambiar la vida de todos los hombres, no la de algunos en particular. Esa obsesión es clara en *Confidential agent*, una de sus novelas menores y también en *El americano impasible*, un texto inolvidable, aunque recorre también las páginas de *El fin de la aventura* y *Monsignor Quixote*.

Se ha querido comparar a Greene con otro escritor católico, Francois Mauriac, pero la sola relación lo ofende. De hecho, el británico ha llegado a la belleza después de un largo combate contra el aburrimiento y la complacencia. De joven fue afecto a la bebida (tres o cuatro botellas de whisky por día), a la droga y a las interminables sesiones de ruleta rusa. En ese tiempo, el oficio de escritor era peligroso también en Europa.

Aún ahora le bastan dos trazos para seducir y conmover en una época de indiferencia y desdén. Cuando apareció *El factor humano* en español, Tomás Eloy Martínez comentó que Greene "no impone, como Hermann Hesse o como Thomas Mann, la obligación de pensar, simplemente la estimula".

De ese estímulo pueden surgir las reflexiones más inquietantes sobre el miserable destino del hombre. Para Graham Greene no hay otro infierno que el de esta tierra y el cielo anhelado no es otra cosa que "el amor humano, ordinario y corrompido".



Viene de página 3

—Me temo que yo no vi el final hasta que llegué ahí. No tenía la menor idea de que la novela iba a terminar en Panamá. El Capitán pasa mucho de su tiempo en España al principio porque la Costa Brava era el lugar preferido de los criminales ingleses. En cuanto al final, bueno...

—Supongo que el Capitán se redime a sí mismo, justifica su vida a través de su muerte autosacrificada.

—Podría ser... sí. Pero también es por Liza que muere, por amor. El Capitán tiene una gran capacidad para la amistad, también, ¿no le parece?

—Sí, pero es duro con Jim, que es una especie de hijo para él.

—Pero Jim ha sido algo desagradable con él también. A mí me resulta difícil hablar de mis personajes. Tiendo a olvidarlos en cuanto termino la novela.

—¿Se identifica usted con ciertos personajes?

—Generalmente no.

—Entiendo que Norman Sherry ha estado escribiendo su biografía.

—Ha estado trabajando sobre ella durante once años y sólo ha llegado a 1939. ¡Y ya tiene más de 200.000 palabras! Creo que no la va a terminar hasta el próximo siglo. El pobre hombre ha tenido mala suerte. Se pescó una disentería en el mismo lugar que yo en México.

—En el epílogo de sus Ensayos Completos, *usted dice que el éxito para el artista, así como para el sacerdote, es una ilusión. ¿Lo puede explicar mejor?*

—El éxito para un sacerdote debería ser la santidad. El éxito para un escritor debería ser un gran escritor —como James o Conrad—. Hay muy pocos grandes escritores. Yo soy como un niño comparado con ellos.

—Usted menciona a menudo a Henry James como una influencia. No entiendo.

—Aprendí mucho de James. No su estilo. Me enseñó que una escena tiene un solo punto de vista. Yo trato de buscar un firme punto de vista. Ese es el comienzo del oficio.

—¿Es usted un escritor "popular"?

—No realmente, aunque ocasionalmente he vendido bien. Mi primera novela, *The Man Within*, era una novela histórica y se vendió bastante bien. La segunda y la tercera desaparecieron. Estaba cansado, esperando un hijo, así que tenía que ganar dinero. En el banco tenía sólo veinte libras. Así que escribí *El tren a Estambul*, tratando de llegar a la mayor cantidad de público. Me salvó; es decir, se vendió bien y se hizo una película, así que pude establecer a mi familia en un departamento de Oxford. Mi próxima novela, ay, sólo vendió dos mil ejemplares. Quise repetir el éxito de *El tren a Estambul* escribiendo libros populares bajo un seudónimo, pero mi editor no lo aceptó. No me pagaba un adelanto decente si yo no me llamaba Graham Greene. Así que tuve la idea de dividir mi trabajo en "novelas" y "entretenimientos". Esa diferencia fue borrada en mi edición de obras completas.

—¿Cuánto tiempo le lleva escribir una novela?

—Escribí *Agente confidencial* en seis semanas, antes de la guerra, tomando pastillas de benzedrina. Pero, normalmente, un libro —antes de la guerra— me llevaba nueve meses, como un niño. Después de la guerra cada novela me llevó más y más tiempo. Ahora me lleva de tres a cuatro años terminar un libro.

—Su experiencia con la industria cinematográfica, ¿fue buena?

—Disfrutaba trabajando en películas, especialmente con Carol Reed, que era un muy buen director. La primera que hice fue *The Fallen Idol* (El ídolo caído), basado en un cuento corto mío. Luego hicimos *El tercer hombre*, que fue un gran éxito. Más tarde, *Nuestro hombre en La Habana*, que fracasó en varias cosas. La mayoría de mis novelas han sido pobres películas, por distintos motivos. Elizabeth Taylor arruinó *Los comediantes*, mi historia sobre Haití. Insistió en elegir su propia ropa, lo que fue un error. Lo que sí es inusual es que casi todas mis novelas han sido filmadas.

—¿Todavía ve muchas películas?

—Solía hacer crítica de cine para *The Spectator*, antes de la guerra. Vi un montón de películas entonces. Ahora he perdido interés.

—Pero las películas han influido su escritura.

—Mucho. Los novelistas victorianos fueron influidos por los pintores. Lo que encontraba aburrido en Trollope —aun en Dickens— eran las largas descripciones de escenarios naturales. Tomé la cámara movible como una técnica y usé los cortes como en el cine.

—También ha escrito una media docena de obras de teatro. Pero, si no me equivoco, han sido fracasos, relativamente.

—¿Qué? *El cuarto en que se vive* estuvo en cartel diez meses en Londres. *El amante complaciente* estuvo un año. *El regreso de A.J. Raffles* duró deliberadamente poco, por un contrato con la Royal Shakespeare Company, pero estuvo muy bien hecha. La verdad es que siempre pensé en mí como autor teatral. Tengo una nueva obra entre manos ahora, aunque no he encontrado al productor apropiado. Se llama *The Reputation House*, una historia de dos hermanos rivales en una ciudad de Europa Central.

—¿Volverá a escribir guiones para cine?

—No, estoy demasiado viejo y cansado.

—Mirando hacia atrás en sus novelas, ¿cuáles son las que considera mejores?

—El Poder y la Gloria; Monsignor Quixote; El cónsul honorario, y *Viajes con mi tía.*

—Veo que eligió dos libros livianos —comedias, realmente— y dos más bien oscuros. Parece oscilar entre ese tipo de libros.

—Soy maníaco-depresivo por naturaleza.

—¿En un sentido clínico?

—Sólo temporalmente. Tengo períodos en que estoy más o menos maníaco y momentos en que estoy deprimido. Pero vivo más nivelado con la edad. Estoy menos deprimido ahora, más maníaco.

—Recuerdo haber oído que trató de suicidarse al final de su adolescencia. En realidad, jugó a la ruleta rusa varias veces.

—La ruleta rusa no es exactamente un suicidio. Era una forma de escapar del aburrimiento, otra vez. Me gustaba arriesgarme. Es por eso que pasé tantos inviernos en Vietnam y viajé a tantos países durante tiempos de revolución.

—Conoció a Ho Chi Minh, ¿no es así?

—Finalmente, durante mi último invierno ahí. Prácticamente tuve que sobornarlos para conseguir la entrevista. Era notable... hablaba un perfecto inglés coloquial.

—¿Podría opinar sobre la posición americana en la guerra de Vietnam?

—Fue un error fatal de Kennedy involucrarse en Vietnam. Los Acuerdos de Génova llamaban a elecciones libres. Si se hubieran permitido, Ho Chi Minh hubiera sido elegido por todo el país y tendríamos una especie de Yugoslavia en el sudeste de Asia sin dominación ni rusa ni china.

—Su novela sobre Vietnam, El americano impasible, *que escribió en 1955, fue extrañamente profética, ¿No es así? Es decir, presagia el envolvimiento americano en ese país, con resultados desastrosos.*

—Sí. Fue tremendamente impopular en los Estados Unidos cuando apareció por primera vez.

—¿Cómo reaccionó a la invasión vietnamita de Camboya después del retiro de los Estados Unidos? Como se puede imaginar, hubo muchos comentarios del tipo "ya se lo dije".

—Tengo simpatía por los vietnamitas. Pol Pot era un tirano, apoyado por China. Mató a millones, por supuesto. Fue una invasión decretada. Los vietnamitas intentaban, yo creo, zafar. Pero Pol Pot está muy vivo.

—¿Es usted marxista o comunista?

—No soy un economista. Si tuviera que encontrar una palabra, diría que soy un socialdemócrata.

—Si se me permite cambiar de tema tan rápidamente, ¿cómo se le ocurrió establecerse en Antibes?

—Solía venir acá hace tiempo con Alexander Korda, para navegar, allá por los años '40. Me gustaba el lugar. Luego me enfermé de neumonía en Moscú en 1961, y pensé que pasaría el invierno en algún lugar al sol. Vine a Antibes. En 1966 dejé Londres para siempre. También tengo una amiga acá, una mujer francesa. Nos conocimos en Africa en 1959, y hemos estado juntos durante casi treinta años.

—Escuché que pasa buena parte de su tiempo en Capri.

—Tengo una pequeña casa ahí ...la compré hace mucho y solía pasar mucho tiempo ahí, pero ahora con suerte voy dos veces al año. Pero es un lugar mágico para trabajar.

—¿Está trabajando en algo actualmente?

—Estoy haciendo un pequeño libro sobre epígrafes, nada serio. Aparte de eso, no tengo planes.